

LOS CÁTAROS EN ESPAÑA

Durante los casi mil años que duró el periodo que conocemos como Edad Media, surgieron en toda Europa centenares de herejías. Sin duda la que más problemas provocó a la Iglesia Católica fue el catarismo, que en algunas décadas se extendió por una buena parte de la Europa meridional, además de Alemania e incluso Inglaterra.

Al hablar de cátaros o albigenses, como algunos autores denominan de forma errónea a este movimiento herético, casi siempre se tiende a considerarlo o relacionarlo casi exclusivamente con el sur de Francia, más concretamente con el Languedoc, olvidando que otras partes de Europa fueron refugio de los seguidores de dicha herejía.

Si bien es verdad que fue en el norte de Italia, principalmente en la Lombardía, así como en algunas zonas balcánicas donde más fuerza tuvieron, es poco conocido el hecho de que una buena parte de la España medieval contó con importantes enclaves cátaros, y que algunos de sus dirigentes supusieron un importante problema para las autoridades religiosas.

Los orígenes

No vamos a extendernos en un tema sobre el que existen excelentes trabajos, pero sí mencionaremos que, aunque los orígenes de dicha herejía muy posiblemente sean altomedieval y oriental, concretamente en tierras del Imperio Bizantino, es a partir del año 1000, cuando la gente ha superado el miedo al fin del mundo predecido para esa fecha, que muchas sectas y grupos heréticos proliferan por las tierras cristianas. Algunas de ellas, que tienen tendencias maniqueas y gnósticas y reciben diferentes nombres dependiendo de la zona donde predicen, tienen como una de sus principales funciones denunciar el estado de perversión y vicio en que vive una gran parte de la Iglesia Católica y volver a la pobreza y pureza que en un principio tuvo el cristianismo.

Es principalmente en el siglo XII que los primeros focos de catarismo proliferan y se asientan sólidamente en tierras del sur de Francia, concretamente en Occitania. Por aquellos tiempos el rico Mediodía galo es deseado por el septentrional y ambicioso reino franco, que necesita una excusa para poder invadir el sur. El catarismo será el pretexto perfecto para poder invadir el Languedoc y hacerse con sus riquezas.

El catarismo en tierras catalanas

De todos los reinos hispanos, es sin duda en Cataluña donde con más fuerza irrumpe el catarismo, debido a su vecindad con Occitania y a los lazos políticos y de vasallaje que en aquellos tiempos unían Cataluña, y más tarde el reino de Aragón, con los condados y vizcondados del Languedoc.

Ya en el siglo XII empiezan a llegar a tierras pirenaicas de Lleida algunos grupos de cátaros que, curiosamente, se afincan en los mismos lugares donde siglos antes se habían refugiado otros herejes: los Adopcionistas.

En palabras del doctor en Historia **Jordi Ventura**, experto en las herejías en Cataluña, las condiciones poco protegidas y desorganizadas de los artesanos y del pueblo humilde hacen que se forme un afán por una fraternidad universal y la búsqueda de un misticismo muy distante de la opulencia eclesiástica del momento, y el catarismo recién llegado de tierras occitanas, puede ser la solución. Cuando los *bons homes* (buenos hombres), nombre con el cual se conoce a los cátaros, empiezan a introducirse en la Península Ibérica, lo hacen por Cataluña y principalmente por las comarcas pirenaicas de Lleida, donde llegan incluso a convertir a algunos de los principales señores feudales de la zona, como el poderoso **Arnau de Castellbó**, el cual, junto a su hija **Ermersilda**, ambos enterrados en el majestuoso priorato de Santa María, fueron condenados *postmortem* y los cadáveres de ambos fueron profanados por orden de las autoridades eclesiásticas por herejes y sus cenizas lanzadas a los cuatro vientos por orden del inquisidor general **Pere de Cadireta**. Es en el pueblo de Castellbó donde con más fuerza surge el catarismo catalán, y el lugar donde gran número de herejes encuentran protección y apoyo para sus ideas religiosas. Como curiosidad, comentaremos que, aún hoy, se celebra en dicha población un “mercado cátaro”.

Mientras muchos cátaros se afincan en el Pirineo leridano y hacen un importante proselitismo, otros descienden a tierras más meridionales, asentándose en la ciudad de Lleida como artesanos, principalmente como curtidores y tejedores, y comerciantes. Otros muchos, aprovechando las franquicias que se otorgan a los cristianos que decidan repoblar los territorios recién reconquistados a los árabes en tierras del sur, se afincan en el sur de Tarragona, preferentemente en la zona del Montsant, Prades y la Ribera del Ebro. Localidades como Cornudella, Prades, Arbolí, Pradip (donde se cree que fue enterrado el noble cátaro **Jabobus de Carcassone**) y, principalmente, Siurana, población ésta que el año 1215 contaba con treinta familias, doce de ellas cátaras,

fueron lugares privilegiados para los seguidores del catarismo. En muchos casos no fueron precisamente bien recibidos por los demás cristianos, y así se sabe que el año 1262 se ajustició a un cátaro en esa zona y, cuatro años más tarde, varias familias de igual filiación fueron expropiadas de casas y tierras.

Cátaros de Lleida y del sur de Tarragona pasaron a tierras valencianas, y se conocen casos en que algunos llegaron a ostentar cargos de responsabilidad y a contar con importantes patrimonios territoriales y económicos, como por ejemplo un acaudalado cátaro leridano, de nombre **Guillem de Melió**, que fue propietario de una gran parte de los molinos cercanos a la ciudad de Valencia y quizá de parte de una fortaleza de la zona.

Otros grupos de cátaros entraron en la Península por la zona del Rosellón y Las Alberes(Girona), concretamente por el antiquísimo Coll de Panisars, remoto camino aprovechado ya por los romanos. Según el periodista **Josep Miralles** y el investigador **Agustí Andreu**, este último considerado como una de las máximas autoridades del catarismo de la segunda mitad del siglo XX, algunos de estos herejes, los más radicales, se afincaron en lugares poco poblados del norte de Girona, como el Puig Miralles o Roca Codolar, donde ya existió hasta el siglo XI un asentamiento para los monjes del monasterio de Sant Pere de Rodes condenados por sodomía o herejía, y quizá en las cercanas cuevas conocidas como Cavorques, y que ya durante los primeros siglos del cristianismo fueron lugar de eremitaje. Muy cerca se encuentra el Puig dels Homes o del Home (Montaña de los Hombres o del Hombre), quizá un recuerdo de aquellos “Bons homes” (Buenos Hombres) como se conocía a los cátaros.

Otros se extendieron hacia tierras más pobladas, y así en la localidad de Llinars del Vallés, cerca de Barcelona, se encuentra la fortaleza de Castellvell, que según las excavaciones realizadas a finales de los 70 del pasado siglo por **Lluís Monreal Tejada**, fue habitado por cátaros en el siglo XII y parte del XIII. Se sabe que los propietarios de dicho castillo, de nombre **Far** o **Del Far**, mantuvieron serios enfrentamientos con las autoridades religiosas de la ciudad de Barcelona. En las excavaciones de dicho castillo, destruido en el terremoto del 24 de mayo de 1418, se encontraron algunos símbolos cátaros.

La ciudad de Barcelona tuvo también su colonia cántara, que se reunía cerca del majestuoso templo prerománico de Sant Pau del Camp, actualmente englobado en el Barrio del Raval.

La tercera vía de penetración del catarismo pasaba por la zona del Cadí, donde tuvieron importantes asentamientos, y seguían hacia Berga, por el camino que aún hoy es recorrido por cientos de excursionistas cada año, y que se dirige a tierras occitanas. Se le conoce actualmente como *Camí del Bons Homes* (Camino de los Buenos Hombres)

Se ha escrito mucho sobre la gran cantidad de cátaros que intervinieron en la conquista de Mallorca por parte del rey **Jaime I el Conquistador**, pero recientes estudios basados en las investigaciones de los linajes toponímicos y gentilicios contemporáneos a la conquista parecen indicar que sólo un diez por ciento de los hombres que se embarcaron para la conquista de la mayor de las Baleares eran de origen occitano, y de ellos, sólo una pequeña parte, imposible de calcular, eran seguidores de la herejía cátara. Estas cifras indican que tuvieron que ser más bien pocos ya que, según el historiador **Jesús Mestres Godés**, en los mejores tiempos solamente una quinta parte de los occitanos eran cátaros, y se estima que la población máxima que pudo tener aquella región apenas superó en aquellos tiempos el millón de habitantes.

No puede hablarse en ningún caso, como hacen algunos autores, de ningún tipo de simpatía de los dirigentes de la corona catalanoaragonesa hacia dicho movimiento herético, y si un rey como **Pedro El Católico** murió en la batalla de Muret (septiembre de 1213) defendiendo a sus vasallos occitanos de las matanzas de los cruzados de **Simón de Montfort**, lo hizo simplemente por razones políticas y estratégicas, no por sentirse unido a las enseñanzas cátaras. Al igual que su hijo Jaime I, que el año 1233, permitió que el consejo reunido en Tarragona dictara siete leyes contra los herejes.

Para finalizar, diremos que se sabe con seguridad que sólo en la zona de la Cerdaña (Lleida) y el condado de Castellbó, en la primera mitad del siglo XIII fueron condenados más de medio centenar de cátaros, 15 de ellos quemados vivos, 18 en efigie, y los demás, se supone que se retractaron de su doctrina o incluso pagaron un precio económico para su perdón, como también pasó en el Cadí (Barcelona) o en la ciudad de Lleida. Unos pocos fueron condenados una vez muertos, aunque hiciera años del óbito, y sus cuerpos profanados.

Catarismo en tierras castellanas y leonesas

Si parece más lógico que, por su proximidad geográfica, los territorios de Cataluña y también Aragón tuvieran una mayor influencia cátara, también los reinos de León y Castilla vieron el florecimiento de dichos heterodoxos. Desgraciadamente, es poca la

documentación que ha llegado hasta nosotros de su presencia, pero aún así es significativa.

La principal fuente sobre el catarismo en dichas tierras la tenemos en los escritos de **Lucas de Tey**, que fue canónico de San Isidoro, y que en su libro *De altera vita fideique controversiis adversus Albigensum errores* (tomo III) nos hace una crónica detallada, y sin duda subjetiva, de la existencia de comunidades cátaras en tierras leonesas.

Este clérigo se encontraba de peregrinación en Roma cuando supo por un antiguo compañero que una importante colonia cátara se estaba extendiendo por León y Palencia. Dejó inmediatamente la Ciudad Eterna y regresó a su tierra, donde al parecer empezó una feroz persecución de los cátaros leoneses.

Según Lucas, estos heterodoxos, para pasar más desapercibidos, se hicieron en alguna ocasión pasar por judíos, algo más que discutible.

El catarismo leonés y castellano había surgido, al parecer, y según nos indican el historiador **Marcelino Menéndez Pelayo** y, antes que él, el prolífico sacerdote Padre **Juan Mariana**, de las enseñanzas que algunos occitanos exportaron a tierras castellano-leonesas siguiendo el Camino de Santiago. Entre estos predicadores destacó Arnaldo, un carismático occitano, posiblemente original de Albi, de oficio copiadador de libros y que se dedicó junto a otros correligionarios a denunciar los abusos, vicios y la simonía de la Iglesia.

Ante aquellos sermones que llegaron a arrastrar a verdaderas masas de gentes pobres que incluso llegaron a enfrentarse con los servidores de la Iglesia, el obispo de León en el año 1216, de nombre Rodrigo, mandó expulsar a muchos de ellos de sus territorios.

Aquello pareció calmar algo la influencia cátara en dichas tierras, pero a la muerte de dicho obispo, acaecida el año 1232, los herejes regresaron con mayor fuerza, e incluso llegaron a establecerse además de en tierras leonesas y palentinas, en diferentes localidades burgalesas, incluida posiblemente su capital.

La Iglesia decidió dar un castigo ejemplar a los heréticos, y mandó flagelar a varios de ellos, hasta el punto de causarles la muerte en algunos casos. Llegados al óbito, eran excomulgados y se prohibía que fueran enterrados en tierra santa.

Una vieja leyenda asegura que de la tumba de uno de los dirigentes cátaros ajusticiados salió una gran serpiente que atacó y dio muerte al obispo que había ordenado el castigo.

Las autoridades eclesiásticas mandaron desenterrar el cadáver del heresiarca Arnaldo y tirar sus huesos en un estercolero de mulas. Sabemos por el padre Mariana que, 16 años después de la muerte del francés, el lugar donde habían sido profanados sus restos era enclave considerado sagrado y que muchos acudían allí por creer que podrían curarse de las enfermedades que les aquejaban y bebían de una fuente cercana supuestamente “sagrada”. Se intentó, incluso, levantar una especie de santuario en dicho lugar.

Pero no solamente la Iglesia tomó represalias contra los cátaros en esas tierras, sino que en la extensa obra de Menéndez Pelayo *Los heterodoxos españoles*, leemos que, un personaje como el rey **Fernando III** (1199-1252), conocido como “el Santo” y que unificó definitivamente los reinos de León y Castilla, sintió verdadero odio hacia aquellos herejes que predicaban por sus dominios, y no tuvo el mínimo reparo no solamente en mandar quemar a varios de ellos, sino que, tal como nos dice en su obra Menéndez Pelayo, en algunos casos fue él mismo quien prendió la pira. Al mencionar al monarca castellanoleonés, tenemos que recordar que éste estaba casado con Beatriz de Suavia, una mujer que descendía directamente de Enrique V, quien protagonizó muchos años antes en la localidad de Goslar (Suavia) una de las primeras matanzas de cátaros que se conoce.

Sabemos que en el año 1232, dicho monarca hizo meter en calderas ardientes a varios cátaros hasta morir.

Parece ser que algunos de estos heterodoxos escaparon a tierras más meridionales, y así existe constancia de que el rey Fernando hizo constar en leyes y fueros de localidades reconquistadas como Córdoba, Sevilla o Carmona, una sentencia conforme a que cualquiera que siguiera dicha herejía sería quemado o ajusticiado.

Es curioso que Lucas de Tey, en su libro, asegura que los cátaros leoneses utilizaban como símbolo de adoración una cruz de tres palos en la que habían incrustados tres grandes clavos. Algo que en caso de ser cierto sería casi exclusivo de los herejes de aquella zona.

Sin duda fueron muchos los casos de catarismo en dichas tierras, pero la falta de documentación que ha llegado hasta nosotros no nos permite saber en toda su extensión la importancia de dicha herejía en aquellos territorios y, en algunos casos, se confunde a los cátaros de Castilla y principalmente de León, con la secta contemporánea de los *Pobres de León* que tenían una finalidad más política y revolucionaria que religiosa.

¿Pseudo cataros o cátaros agresivos?

Para los más incondicionales del catarismo parece que aquellas gentes que así mismo se llamaban “puros” no podían seguir conductas violentas a menos que en alguna ocasión fuera para defender su vida o la de los suyos. Pero parece ser que no siempre fue así, o bien que grupos armados se dedicaron al bandolerismo y el saqueo haciéndose pasar por cátaros.

Sobre actos violentos sin motivo aparente en nuestro país, ya el geógrafo, historiador y cartógrafo **Fernando Ledesma** nos habla de “ataque de albigenses” a diferentes poblaciones del norte de Lleida y Girona, principalmente en la Cerdaña y el Alto Urgel, como es el caso del pueblo pirenaico de Prullans, posiblemente enclave templario.

Además, algunos historiadores se preguntan si los terribles *brabanzones*, normalmente de origen navarro y aragonés, y que se hicieron lamentablemente famosos durante los siglos XII y XIII por sus ataques a iglesias e incluso monasterios, no eran realmente bandas de cátaros o simpatizantes de dicha herejía agrupados en hermandades y que se dedicaron a una guerra de guerrillas contra la misma iglesia que los perseguía tanto en tierras hispanas, como italianas y principalmente occitanas. En el III Concilio Lateranense(1179)ya se pidió la excomunión de estos grupos, a los que algunos investigadores definen como simples mercenarios. Incluso historiadores como Menéndez Pelayo o **Bartolomé Trigó**, insinúan que el famoso trovador **Guillem de Bergadá** pudo haber sido uno de sus líderes.

Indudablemente entre aquellas gentes que denunciaban el obscuro lujo y los vicios en que vivían los magnates de la Iglesia y que daban un ejemplo contrario al que debía dar un buen cristiano, hubo grupos que devolvieron violencia con violencia, y que perdieron de esa manera algunas de las simpatías que en un principio habían conseguido, principalmente entre el pueblo llano pero, en algunos casos, también entre la nobleza.

Los tres pilares del catarismo

Muchos son los que hablan de catarismo y apenas conocen cuáles eran los rasgos fundamentales de dicha herejía.

Los tres rituales o pilares fundamentales de dicha doctrina eran: El *consolamentum*, que tenía dos variantes. Por una parte, la primordial, en que se daba entrada al individuo en el catarismo, y en el que se rezaban algunas oraciones, empezando por el “Padrenuestro”, pero con la variación de cambiar la frase “*el pan de cada día*” por “*el pan sobresubstancial*”, pues los cátaros negaban que en el pan de la Eucaristía estuviera

presente Cristo y, seguidamente, se hacía la imposición de manos. Por otra parte, la segunda variante era la que se daba a los moribundos por el que se les daba la esperanza en el perdón de los pecados.

El segundo pilar era el *melhorament* (mejoramiento), en que cada vez que un seguidor del catarismo se encontraba por la calle o los caminos con un “perfecto” (el equivalente a los sacerdotes católicos) se inclinaba tres veces delante de él (o ella) y le pedía: *Buen hombre (o buena dama), la bendición de Dios y la vuestra*”. Este acto suponía que hacía mejor persona al que lo practicaba.

Y, finalmente, el *aperalhament* (aparejamiento) que era una confesión de los pecados en público, al igual que realizaban los primitivos cristianos, pero siempre ante la presencia de un “perfecto”, y en los pocos casos de que no lo hubiera, ante el más anciano de la comunidad.

Estos eran los tres pilares primordiales del catarismo.

El catarismo: retorno al cristianismo puro

Los cátaros eran, ante todo, cristianos “puros” y predicaron, lucharon, y murieron por defender el regreso de la Iglesia al cristianismo original, muy lejos de la corrupción y el materialismo que había invadido casi todas las capas de la Iglesia oficial.

Como los define Mestres i Godés, eran “*creyentes que intentaban llevar una vida evangélica*”.

Su doctrina podría resumirse en unos pocos puntos:

Vivir en comunidad, en la pobreza (aunque siempre no fue así, ni mucho menos); respetar el precepto de no matar, aunque como ya hemos visto, hubo bastantes excepciones; no hacer juramentos, no mentir nunca, no blasfemar, no cometer jamás adulterio, ayudarse mutuamente entre todos los miembros de la comunidad, rezar una serie de oraciones a unas horas concretas del día, generalmente no comer carne (en algunos casos, rechazaban incluso los huevos), y en el caso de los *perfectos*, practicar la abstinencia y la continencia. Como vemos, era el retorno a la pureza del cristianismo primitivo, con muy pocas variantes.

Posiblemente, su singularidad era el dualismo que defendieron como pilar fundamental, pues para ellos había un Dios bueno, que creaba el bien, y Satanás, que era quien hacía lo mismo pero con el mal. Los dos eran eternos y su confrontación era universal e intemporal. Dios para ellos no era todopoderoso como lo es para la Iglesia, y existían tres estadios de la Creación: La caída de Satanás, la misión de Jesús, y el

retorno al Cielo. En pocas palabras, una mezcla de cristianismo primigenio, con una gran dosis de maniqueísmo.

Cátaros y Vaticano

Como es de suponer, desde un principio, los papas se opusieron frontalmente a una herejía que, por humilde y sencilla, podía oradar los cimientos del poder religioso establecido.

Pontífices como **Inocencio II** (1130-1143), **Alejandro III** (1159-1181), que vivió por razones políticas un tiempo en tierras francesas y conoció de primera mano la extensión del catarismo, o **Celestino III** (1191-1198) ya se opusieron a los herejes que se extendían peligrosamente por distintos reinos europeos. Pero sería **Lotario de Segni**, que tomaría el nombre de **Inocencio III** (1198-1216), quien se convertiría en el peor enemigo de los cátaros, pues bajo su pontificado se fundó la orden de los dominicos, enemigos acérrimos de los herejes, y predicó la cruzada contra éstos (además de otras dos cruzadas contra los sarracenos).

Con **Sinibaldo Fieschi**, conocido como **Inocencio IV** (1243-1254), se continuó lo que ya era un verdadero genocidio y acaeció el suceso posiblemente más conocido de la persecución contra los cátaros: la matanza de Montsegur. Dicho papa, más militar y político que religioso, repartió anatemas y excomuniones por millares, y no solo autorizó, sino que fomentó la tortura, como por ejemplo la estrangulación, a cualquier hereje.

A partir de aquel momento, el catarismo entra en una crisis que lo llevará casi a desaparecer, pero seguirá durante casi un siglo siendo víctima de las persecuciones papales.

Miguel G. Aracil